

Kallocaína

KARIN BOYE

TRADUCCIÓN DE
CARMEN MONTES CANO



Título original:

Kallokain

Primera edición: enero 2012

Segunda edición: octubre 2023

First published in 1940

© 2023 de la presente edición: Gallo Nero Ediciones, S. L.

© 2012 de la traducción: Carmen Montes Cano

© 2010 del diseño de colección: Raúl Fernández

Diseño de cubierta: Raúl Fernández

Maquetación: David Anglès

La traducción de este libro se rige por el contrato tipo propuesto por Ace Traductores

ISBN: 978-84-19168-25-2

Impreso en España

Depósito legal: M-18990-2023

Y lo que yo tenía ahora en la mano era la secuela de aquella tarde. No tuvieron a bien decirme quién me había denunciado; no tuvo por qué ser precisamente el enano, pero denunciarme, me habían denunciado, era obvio. La carta decía:

Conmílte Leo Kall,¹ Ciudad de la Química número 4:

Tras someter a examen el discurso por usted pronunciado el 19 de abril del año en curso con motivo de la fiesta de despedida celebrada en el Campamento Juvenil en honor de las trabajadoras requeridas para traslado, el Séptimo Negociado del Ministerio de Propaganda ha resuelto comunicarle lo siguiente:

Así como el combatiente entregado resulta siempre más eficaz que el que vacila, también a un conmlíte alegre, que ni para sí ni para los demás admita estar haciendo sacrificio alguno, debe reconocérsele más valor que a un conmlíte víctima del desaliento, abatido por su presunto sacrificio, por más que esconda dicho abatimiento. No tenemos, por ende, ningún motivo para sublimar a aquellos conmlítes que se esfuercen por ocultar su dispersión, su desánimo y su sentimentalismo personal bajo el autocontrol de una máscara de felicidad, sino solo a quienes, traspasados de alegría, no tienen nada que ocultar, de donde la denuncia de los primeros, los dispersos, constituye un acto encomiable en aras del bien supremo del Estado.

Esperamos que, a la mayor brevedad posible, presente una disculpa ante la misma congregación que escuchó sus palabras, en la medida en que sea factible volver a reunirla. De lo contrario, en la radio local.

Séptimo Negociado del Ministerio de Propaganda.

¹ Homónimo del sustantivo *kall* (misión, vocación, llamada) y del adjetivo *kall* (frío). *N. de la T.*

Reaccioné de forma tan compulsiva que más tarde me sentí avergonzado ante Linda. Pero que aquello llegase precisamente ese día, ¡en el entusiasmo de la victoria! ¡Que me asestaran semejante golpe cuando más esperanzado me sentía! Fuera de mí como estaba, hice más de una afirmación irreflexiva que aún hoy, a pesar de mi buena memoria, se me hace difícil recordar: que era un hombre desahuciado; que mi carrera estaba arruinada; mi futuro, carente de gloria; mi gran invento, fútil en comparación con aquello, que ahora figuraría en mi tarjeta secreta en todas las secciones de Policía del Estado del Mundo... y otras cosas por el estilo. Y cuando Linda intentó consolarme, creí en un primer momento que era pura falsedad por su parte y que solo pensaba en cuál sería la mejor manera de abandonar el barco mientras se hundía, a pesar de que los niños aún tenían edad de seguir viviendo en casa.

—Pronto lo sabrán todos, sabrán lo peligrosos que son para el Estado los discursos que pronuncio —me lamenté con amargura—. Solicita el divorcio, hazlo, no te importe que los niños sean pequeños. De todos modos, para ellos es mejor quedar huérfanos de padre que vivir con un individuo peligroso para el Estado como yo...

—Cómo exageras —dijo Linda con calma. Aún recuerdo incluso el verbo. No fueron la tranquilidad ni el tono maternal lo que me convenció de su sinceridad, sino el cansancio, tan denso y casi indiferente—. Cómo exageras. ¡Con la de soldados insignes que han recibido amonestaciones alguna vez, aunque luego hayan presentado sus disculpas y hayan quedado limpios! ¿No recuerdas a tantos como hemos oído excusarse en la radio los viernes de ocho a nueve? Debes comprender que no es la infalibilidad lo que define al buen conmlite, y menos aún la infalibilidad

en cuestiones donde la ética estatal aún está por definirse, sino ante todo la capacidad de abandonar el propio punto de vista para abrazar el punto de vista correcto.

Por fin logré tranquilizarme y empecé a comprender que Linda tenía razón. Alterado como estaba, le prometí a ella y a mí mismo que recurriría al espacio radiofónico para disculpas lo antes posible. Y comencé acto seguido a redactar un borrador de mi próximo discurso.

—Vuelves a exagerar —dijo Linda, que, por encima de mi hombro, leía lo que iba escribiendo—. Tampoco tienes que humillarte hasta esos extremos ni comportarte como una goma que se deja estirar de cualquier manera: pueden sospechar que volverás al punto inicial restallando al primer descuido. Créeme, Leo, esas cosas hay que escribirlas cuando no se está tan alterado como tú lo estás ahora.

Linda estaba en lo cierto, y me di cuenta de la suerte que tenía de que estuviera conmigo. Era sensata. Sensata y fuerte. Pero ¿por qué se la oía tan cansada?

—No estarás enferma, ¿verdad, Linda? —pregunté angustiado.

—¿Cómo iba a estar enferma? Tuvimos reconocimiento médico la semana pasada. Me prescribieron radiaciones de aire libre; por lo demás, me dijeron que estaba impecable.

Me levanté y la abracé.

—No puedes morirte y dejarme solo. Te necesito. Debes quedarte a mi lado.

Pero, parejo a la angustia de quedarme solo, discurría un pequeño reguero de esperanza: sí, por qué no, ¿por qué no podía morirse?, tal vez esa fuera la solución perfecta al problema. Pero yo no quería ni pensarlo. Así que la abracé fuerte contra mi pecho como presa de una rabia impotente.